

**CALABAZAS**

*en el trastero*



*Especial Poe*



Presenta

**CALABAZAS**



*en el trastero*

# CALABAZAS



*en el trastero*



*Especial Poe*

**Créditos:**

**Primera edición:** agosto 2011

**ISBN:** 978-84-939168-2-4

**Ilustración de portada:** Miguel Puente

**Maquetación y diseño:** Miguel Puente y Kachi Edroso

**Prólogo:** Rubén Serrano Calvo

**Traducciones:** Juan Ángel Laguna Edroso

**Autores:** Óscar Bribián, Javier Fernández Bilbao,

Yolanda Galve Campos, Laura García Rodríguez,

Rosa Gelsomino Boetti, María R. Gómez Iglesias,

María del Carmen Guzmán Ortega, Iulius,

Juan Ángel Laguna Edroso, Laura Luna Sánchez,

Miguel Martín Cruz, Miguel Puente Molins

y Alejandro Vázquez Ortiz

**Edición:** Saco de huesos

Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A 50006 Zaragoza

**Más información y contacto:** [www.sacodehuesos.com](http://www.sacodehuesos.com)

**Un proyecto de la asociación cultural La Biblioteca  
Fosca**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos ([ww.cedro.org](http://ww.cedro.org))) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

## Prólogo: Poe

*No espero ni pido que alguien crea en el extraño aunque simple relato que me dispongo a escribir. Loco estaría si lo esperara cuando mis sentidos rechazan su propia evidencia. Pero no estoy loco y sé muy bien que esto no es un sueño.*

### El gato negro

Los cuentos de terror son tan antiguos como el propio miedo. Fantasmas, monstruos, fenómenos sobrenaturales y sueños extraños aparecen en Las mil y una noches, en las obras de Homero, en la Biblia y hasta en los antiguos libros de filosofía chinos. Sin embargo, no será hasta el siglo XIX cuando el género de terror adquiera realmente un peso específico, de la mano del gran maestro Edgar Allan Poe.

### Poe, el poeta del horror

Escritor maldito y autor legendario, poeta,

crítico y periodista. Este genio del horror que siempre vestía de negro, le gustaba pasear por cementerios y temía a la oscuridad fue el renovador de la novela gótica y es recordado hoy especialmente por sus cuentos de terror.

Maestro del relato corto y artista de lo macabro, fue además pionero de la ciencia ficción y padre del cuento fantástico y de la novela policíaca o detectivesca.

Fue un explorador de los oscuros nexos que existen entre realidad e ilusión, entre lo racional y lo irracional, entre lo natural y lo sobrenatural.

Enamorado de la muerte, sus relatos combinan el terror y la belleza, transfigurados a partir de sus propias experiencias personales.

Hombre sombrío y misterioso, de profunda y amarga mirada, atormentado visionario de inagotable energía y agudo ingenio capaz de sobrecoger el alma de la gente con sus palabras, siempre se sintió atraído por la vertiente más oscura de los hombres. De este modo, Poe supo materializar en su obra los temores ancestrales

que, generación tras generación, estremecen al ser humano, logrando así que sus historias nunca pasen de moda.

Asimismo, fue el primer autor estadounidense que trató de hacer de la escritura su modo de vida, lo que le acarreó desastrosas consecuencias.

A pesar de que este autor romántico y gótico de inmenso talento y depurada estética es reconocido en la actualidad como uno de los maestros universales de su género, los críticos de su tiempo le acusaron de complacerse en lo siniestro y negaron sus méritos.

El Infeliz Soñador, poeta del horror, demiurgo de la noche y príncipe de los poetas malditos, conocedor del ensueño y la muerte, vivió una tortuosa vida de miseria, fracasos y desgracias. La tragedia y el nulo reconocimiento marcaron su existencia, fue un gran desconocido en su época, ignorado por el público lector.

El hombre que nunca sonreía —como llegaron a llamarle— fue un hombre atormen-

tado, que tuvo una existencia trágica e intensa, aunque breve (falleció a los cuarenta años). Vivió bajo el perenne influjo de un insondable misterio y la pesada losa del infortunio hasta que el consuelo de la muerte le llevó finalmente por la senda tenebrosa hasta el frío valle de sombras.

### **Obra eterna**

El género de terror es inconcebible sin Edgar Allan Poe. Esta figura emblemática, de vida azarosa e inquietante obra, sentó las bases de toda la literatura de horror que ha llegado hasta nuestros días.

Su producción literaria, repleta de fenómenos extraordinarios, bebe de lo oscuro y de lo trágico. En ella nos brinda una retorcida y sobrecogedora visión del alma humana, describiendo además los momentos más terribles del sufrimiento y la desesperación.

La muerte en todas sus manifestaciones suele ser su tema más recurrente, desde el entierro en vida o la descomposición de los cadáveres, hasta



la reanimación de los muertos, lo que provocó que se le acusase en su época de tener una obsesión enfermiza cercana a la necrofilia.

Los protagonistas de sus historias son, en realidad, uno sólo: el propio Poe.

El escritor bostoniano construye la narración con un cuidado meticuloso, crea ese ambiente enrarecido capaz de angustiar el espíritu y oprimir el corazón, y coloca sabiamente a lo largo de la historia los detalles y sucesos destinados a causar miedo.

A pesar de introducir al lector en un mundo oscuro y ajeno a la realidad, emplea en sus cuentos una deducción casi científica, y hasta lo sobrenatural es presentado de tal forma que se hace creíble.

Entre las piezas maestras de su creativa imaginación encontramos obras tan destacadas como *El gato negro*, *La caída de la casa Usher*, *Manuscrito hallado en una botella*, *Los crímenes de la calle Morgue*, *El tonel de amontillado*, *La carta robada*, *El corazón revelador*, *La máscara de la muerte roja*, *El*

*escarabajo de oro, El hombre de la muchedumbre o El diablo de la perversidad.*

Aunque apenas fue reconocido en su momento, tras su muerte se convirtió en maestro e inspirador de numerosos escritores posteriores, despertando la admiración de figuras de la talla de Charles Baudelaire, Victor Hugo, Herman Melville, Oscar Wilde, Dostoievsky, Nabokov, Fedor Dostoyevski, Franz Kafka, Ambrose Bierce, Guy de Maupassant, Conan Doyle, Thomas Mann, Jorge Luis Borges, Marcel Proust o Julio Cortázar.

Poe ejerció gran influencia en la literatura simbolista francesa y, a través de ésta, en el surrealismo. Pero sobre todo resulta esencial su aportación a grandes autores de terror como Lovecraft o Stephen King.

Su trabajo ha sido asimilado por la cultura popular, haciéndose eterno a través de la literatura, la música (tanto moderna como clásica), la pintura, el cómic, el cine y la televisión.

No obtuvo la gloria en vida, pero el tiempo –

único juez absoluto— acabó por ubicarle en el pedestal de las grandes plumas de la literatura universal.

Hoy, dos siglos después de su nacimiento, su prodigiosa imaginación y su extraordinaria prosa siguen entusiasmando a millones de ávidos lectores

Introducirse en su obra es como dejarse caer en ese increíble torbellino que nos presenta en el relato titulado Un descenso al Maelström, del cual es imposible salir una vez que te atrapa.

### **Antología-homenaje**

Siguiendo el eco de las fantásticas narraciones del maestro del horror que tantos escalofríos han provocado a los lectores de todo el mundo, el presente número de Calabazas en el trastero quiere, en el año en que se conmemora el bicentenario del nacimiento de Poe, rendirle su particular homenaje y su reconocimiento por todo lo que este escritor ha significado para la literatura de terror.

Así, en un acto de auténtica veneración,

reverencia y comunión con este genio, diversos autores nos llevan, a través de esta antología, a adentrarnos en el oscuro y atormentado universo de Poe, en ese tenebroso territorio de atmósfera opresiva, dominado por lo onírico, la locura y la muerte.

Trece relatos (número mágico relacionado directamente con el terror) componen este volumen. Un libro de impecable arquitectura, construido sobre los pilares de trece historias con una temática común, unas con resonancias clásicas y otras más vanguardistas, que exploran el mundo del príncipe de los escritores malditos desde diferentes perspectivas.

En definitiva, se trata de una antología intensa y muy consistente, realizada con una selección de textos de elevada calidad, que pretende acercarnos a la obra de Poe y sus más escabrosas pesadillas de la mano de una nueva hornada de escritores españoles de terror. Por ello, entiendo que es totalmente recomendable tanto para los seguidores del poeta bostoniano como para los amantes del género de terror en

general.

Este libro se me antoja además como una especie de refugio, de Guarida del Horror: un espacio para preservar el legado de Poe y continuar transmitiendo ese desasosiego que, una vez cerrado el libro, todavía permanece y nos obliga a encender la luz y a mirar qué se oculta debajo de la cama.

No espero que me crean –loco estaría si tal cosa pretendiera–, pero presiento que el propio fantasma de Edgar Allan Poe se pasea, como una sombra, por las hojas de este libro. De hecho, creo que esta antología se ha convertido en su cementerio particular, por el que adora deambular, acompañado por sus lúgubres demonios. Y eso me lleva a pensar que el lector, al final, acabará agradeciendo estar del otro lado de estas páginas...

**Rubén Serrano Calvo**

# Berenice Fashion

**Por María R. Gómez Iglesias**

Madeleine caminaba deprisa por la acera, trasteando con los pies y buscando las llaves en su inmenso bolso negro. También aquella la mañana llegaba tarde. “*Maldita sea, todo por culpa de ese sueño, va acabar conmigo, me va arruinar*”, murmuraba mientras recogía el periódico del suelo y abría rápidamente la persiana metálica. El chirrido de la reja le produjo un zumbido interior, un sonido agudo que no paraba de sonar aunque la persiana ya estuviese levantada... no podía distinguir con claridad si lo que oía estaba dentro o fuera de su cabeza, pero la aturdía y la perturbaba. Se tapó los oídos. Era inútil. Ahí estaban otra vez. Eran ellos, los cuervos. Habían llegado el mismo día que empezó a devorarla aquel sueño abominable y se habían quedado para acabar de volverla loca.

Una ráfaga de odio atravesó su mirada. Levantó la cabeza y masculló muy despacio: *“bichos malignos, que Atenea os lleve”*. Lo repitió varias veces, en una especie de oración cargada de resentimiento, hasta que dejó de escuchar aquellos persistentes chiflidos. Así alejaban los griegos a las aves de mal agüero, lo había visto no recordaba dónde, posiblemente en uno de esos panfletos que tanto le gustaban contra el mal de ojo, los embrujamientos, las maldiciones... y que últimamente leía con una avidez compulsiva. Se sabía atrapada en medio de una jauría de desazones, de miedos y de remordimientos por aquel sueño pecaminoso, e intentaba conjurarlo de todas las maneras posibles. Le valía cualquier cosa: las echadoras de cartas, las magas de medio pelo, su confesor, los libros de brujería, la Biblia... Cuando el enemigo es poderoso, todas las fuerzas son pocas para vencerlo. Ahora le daba por rezar a todas horas. En ocasiones se sorprendía suplicando que se apartase de ella aquel sueño infernal. *“Se entregaron a un deseo*

*desordenado en el desierto; y tentaron a Dios en la soledad. Y él les dio lo que pidieron, mas envió mortandad sobre ellos.*”, recitó muy quieta, ante la cristalera aún cerrada. Tal vez aquello fuese una clave, quizás el deseo castigado con la muerte guardase el verdadero sentido de todo lo que le venía sucediendo. Era el salmo favorito de su madre, uno de los primeros que le había obligado a aprender de memoria, siendo todavía una niña, sólo que, allí, a la entrada de aquella tienda de ropa interior, sonaba algo fuera de lugar. Hasta le pareció que Pluto, el gato que se hospedaba en el patio trasero, soltaba alguna risita mezclada con sus maullidos de alegría al presentirla aquella mañana.

La curva de los labios revelaba en Madeleine un desasosiego incesante, una alerta crónica que le hacía apuntar la barbilla hacia todas partes intentando descubrir los peligros y las amenazas que la acechaban. Abrió y cerró los ojos un par de veces para espabilarse. Tenía mucho trabajo pendiente y era bastante tarde.



El establecimiento del que era la única propietaria, *Berenice Fashion*, se encontraba entre los mejores surtidos de la ciudad en ropa interior para señora y caballero. Su lema, *lencería y corsetería finas para damas y gentilhombres*, no se reducía simplemente a una declaración de intenciones: era una realidad día a día. A Madeleine le gustaba presumir de ello, tanto de la calidad de sus prendas, como de su legendaria delicadeza al venderlas... aunque a aquellas horas, y después de una noche en vela, pareciese más bien una autómatas que una distinguida vendedora de exclusivas prendas íntimas.

Se mareó un poco al pensar en la pila de cajas que había dejado sin ordenar el día anterior, pendientes de ser devueltas a sus lugares en las estanterías. A última hora de la tarde había entrado media docena de clientes, y apenas dio abasto para atenderlos a todos con el mimo y el cuidado que la habían hecho famosa y respetada en la profesión. Había terminado tan agotada que, contra su costumbre, no se quedó

a ordenar, sino que se fue a su casa con la esperanza de poder descansar, de que la pesadilla de las últimas noches tuviera a bien no visitarla. Pero no fue así, sus sueños eran cada vez más turbulentos y había amanecido especialmente cansada. Aquella fatiga le parecía premonitoria. Algo iba a suceder a lo largo de la jornada. Estaba segura de ello. Llevaba días presa de una confusión extraña y terca, de ésas que se agarran al corazón y descompasan sus latidos. Aquel abominable sueño aún le quemaba los ojos, la garganta y el deseo. Se repetía cada madrugada, siempre igual a sí mismo, exacto hasta la extenuación. En él, un hombre robusto le hacía el amor con pasión desbordante, hasta el punto de que Madeleine acababa derritiéndose en sus delicadas bragas *Glory Pompea*, hasta dos o tres veces. Era una extraña mezcla de voluptuosidad y miedo. Notaba su vientre palpar y su boca pedir más y más, sin recato. Había caricias recorriéndole el vientre, susurros enigmáticos parecidos a los que llevaba años escuchando dentro de su

cabeza, y una lengua húmeda y dulce lamiéndole hasta el alma. No lograba ver claramente el rostro de aquel hombre ni sus ojos, pero sí que se quedaba embobada ante sus originales calzoncillos *Morgan* de lino natural, en color berenjena, con copa de realce, talle bajo y transparencias laterales. Tanto entusiasmo por parte de su amante era ya en sí agotador, pero es que al final del sueño, todas esas noches, aquel hombre acababa estrangulándola meticulosa y sistemáticamente. Una Madeleine, paralizada por el placer y con los ojos clavados en los curiosos calzoncillos de su amante, sentía sus manos pegajosas agarrársele al cuello, agotarle el aliento, percibía uno a uno los espasmos de la muerte, el pánico, el espanto... Era entonces cuando se despertaba, presa de un temblor pavoroso, con la boca seca y los *Morgan* incrustados en la retina.

Después venía todo lo demás. El llanto, los temblores, el arrepentimiento. Se sentía sucia por su lujuria, viciosa y hedionda. Se metía en la ducha y allí daba rienda suelta a su culpa.

Dejaba que el agua se calentase hasta que le quemaba la piel, y entonces se lavaba y se lavaba, parte a parte, minuciosamente, el vientre, las manos, la boca, los muslos, el cuello, los pechos... Se restregaba con saña, lijándose con su guante de crin para arrancarse de la piel tanta impudicia. A veces las ampollas le causaban un dolor insoportable, pero aquel hervor era un merecido castigo, se escaldaba para purificar su cuerpo y su alma. Por eso llegaba tarde. Por eso había llegado tarde durante las últimas semanas. Todo aquello era asqueroso y repugnante. Con una mueca indescriptible de asco, empuñó las agarraderas de la puerta y presionó para abrirla...

Madeleine traspasó el umbral y se adentró en la trastienda, desde allí encendió las luces del escaparate y de los expositores, bostezó, conectó la terminal de las tarjetas y dispuso mecánicamente varios ligeros *Figfort* que no estaban bien alineados alrededor de la pierna del maniquí de la entrada. El espejo del probador le devolvió una imagen de sí misma

que le causó espanto: la tez pálida, el pelo revuelto, vestida sin el cuidado y la elegancia que antes eran su insignia, hasta el azul intenso de sus ojos le pareció repulsivo.

Movió varias veces la cabeza con determinación, intentado espantar sus pensamientos. Respiró con fuerza, llevando el aire hasta el fondo de sus pulmones. Ya estaba preparada para concentrarse en las cajas pendientes. Por fortuna, era muy raro que aquellas primeras horas de la mañana entrase algún cliente en la tienda, a lo mejor algún despistado. Pero no, con aquella niebla... imposible. Mejor así. Mientras subía y bajaba la escalera, dejó vagar sus pensamientos, colocando por marcas, prendas y colores todo lo que se encontraba fuera de su sitio. Empezó por los sujetadores, los de encaje, los lisos, los de copa ancha... Apilaba los pequeños estuches en un orden obsesivo. Al estirar el brazo para guardar los de aros, se le vinieron encima los embalajes de la nueva tendencia, *“Intimate in Black, vaya nombre, esto es un castigo divino,*

*nunca debí admitiros en mi tienda*". Se dirigió a las cajas del suelo en un tono de fiero reproche. Contenían una tendencia realmente inquietante para ella, con plumas de marabú y tules transparentes. Nada más verla, inducía a la perversión más abyecta. A Madeleine le parecía que el mal, de tener un atuendo, se vestiría sin dudarlo con aquel raso brillante y minúsculo. No había día que no se lamentase del apuro que pasaba al enseñar esas prendas a los clientes. Se sentía sucia mercadeando con la tentación y con el pecado. Lo peor, sin duda, era cuando se trataba de un hombre. Al cantarle las excelencias del tul negro, los cristales y las plumas de marabú, sentía que las mejillas le ardían y el aliento se le entrecortaba... qué vergüenza, como si realmente a ella le interesasen aquellas obscenidades.

Estos pensamientos acabaron por arrojarla de nuevo a la escena de su pesadilla. Culpa, lascivia, lujuria... Un escalofrío, mezcla de placer y terror, la recorrió desde la nuca hasta los talones. Qué espanto, era tan repulsivo como

aterrador. Aquel hombre poseyéndola una y otra vez, asesinándola cada noche. Y después, aquel despertar extraño, vacío, sin amanecer. Nunca había tenido un sueño como aquél. Hasta entonces sus noches estaban pobladas de imágenes menos amenazadoras. Antes había vuelos misteriosos, paseos sobre cornisas que se iban diluyendo bajo sus pies desnudos, ríos que se dividían en mil afluentes y la envolvían en mortajas azules. Otras noches, en cambio, eran tranquilas, se veía acurrucada en una esquina, envuelta en el lamento de un misterioso saxofón, o recortando fotografías de hermosos rostros desconocidos. Sin embargo, aquella pesadilla... el asco y el pánico ascendían desde lo más profundo del alma. En medio de ella perdía la noción de todo, la visión se le volvía borrosa y su lengua confundía las palabras. Luego aparecía aquel mareo nauseabundo, porque el olor de aquel hombre era penetrante, una mezcla de sudor y almizcle. Aún sentía la fuerza descomunal de sus manos al apretarle el cuello, la muerte golpeándole las sienes

ralentizando los latidos de su corazón...

Estaba visto que aquella mañana le resultaba imposible desligarse de su pesadilla. Necesitaba humedecerse las mejillas, descansar un poco, dejar de pensar. La puerta del patio trasero estaba entreabierta. Desde lo alto de la escalera se veía el pozo, un pozo redondo con brocal de granito rosa y encintado de blanco. A Madeleine se le hizo la boca agua. Con una agilidad felina, dio un salto desde la cima de la escalera, ató un cubo de estaño a un extremo de la cuerda y lo lanzó al interior del pozo. Estuvo moviéndolo con sumo cuidado, hasta que tiró con fuerza de la cuerda hacia arriba. Nada más salir el cubo por la boca del pozo, sumergió su rostro entero bajo el agua y estuvo así unos segundos, con la respiración contenida y los ojos cerrados. Cuando, después de esta extraña ceremonia, levantó la cara hacia el cielo, se le había corrido el rímel, el maquillaje se le desconchaba a lamparones y el *rouge* de los labios se perdía en finos hilos por las comisuras. Aun así, se dejó estar un buen rato, con la cabeza echada hacia



atrás, gozando de aquella frescura hasta que la última gota de su cara se secó. “*Ojalá que este agua congele los malos pensamientos, agua bendita*”, murmuró para sí. Llevaba años sumida en la oscuridad, ni el consuelo de sus oraciones la libraba de aquellas sombras que sentía crecer dentro de sí. “*Tenía que acabar naufragando en una pesadilla como ésta, es el destino, el destino desgraciado*”, musitó en voz baja, frente al espejo del baño, retocando el maquillaje descompuesto por el agua.

Al retomar el trabajo parecía más tranquila, incluso prestaba más atención al contenido de las cajas, a los tirantes elásticos y regulables de los corpiños que siempre le parecieron una buena idea. Claro que volver a guardarlos en sus bolsitas, una vez que ya habían sido enseñados a los compradores, se volvía complicado porque los fastidiosos tirantes tenían vida propia y sobresalían todo el tiempo por los bordes, lo que causaba un efecto penoso. Antes de ponerla en su sitio, abrió una caja en forma de joyero. Aquellas nuevas bragas *string* con perlas no

acababan de convencerla. Le parecía pecaminoso ese tacto que anunciaban en el envoltorio de papel de seda, el hormigueo de las caricias, la frialdad de las perlas... y eso que los remates en encaje francés eran perfectos.

La mañana seguía su curso. Sus clientes eran más bien vespertinos, sobre todo los hombres. A Madeleine no dejaban de resultarle curiosos los tipos que acudían a comprar allí. Los había de labios húmedos que le provocaban una repugnancia visceral; luego estaban los de ojos chispeantes, a los que abofetearía implacablemente; los de sonrisa pícara que llevaban el ademán lujurioso cincelado en la cara: a éstos, especialmente, le entraban unas ansias incontenibles de borrarles las facciones, y dejarles un rostro liso y blanco, inexpresivo... Se había dado cuenta de que en todos ellos rastreaba al hombre que la poseía en su pesadilla. En cada uno de los que entraban en la tienda buscaba un vestigio, una huella, una nota que le confirmase la identidad de su depredador. Llevaba meses así, desde que

comenzara aquel infierno en el que la amaban sólo para matarla. Estaba muy lúcida aquella mañana porque también se percató de que todos los hombres que entraban en su establecimiento le producían alguna inquietud, principalmente aquéllos que buscaban calzoncillos curiosos. Descubrió sorprendida que eran éstos precisamente los que concitaban todo su odio. Ni los lascivos, ni los pícaros, sino los que querían compulsivamente calzoncillos de marcas rebuscadas, con toques exóticos, colores extravagantes, formas insólitas... esos hombres la sacaban de sus casillas. Como si dispararan en ella un resorte desconocido, un odio irracional que la obligaba a apretar fuertemente los dientes y morderse la lengua hasta hacerla sangrar para no echarlos a patadas.

Ya había terminado prácticamente de ordenar todo el desbarajuste de cajas que había heredado del día anterior, sólo le quedaba repasar la cristalería en la que siempre servía una copa de buen vino a sus clientes mientras

éstos se decidían a comprar, examinaban con atención sus piezas o se imaginaban con ellas puestas. Este detalle, el de la copa de vino, se había convertido en una marca de la casa, un signo único en la ciudad, indicativo de su atención exquisita y de su saber hacer. En la última de las copas chasqueó los dedos con cierta gracia. Un *cling* algo irritante se extendió por el aire. Por fin, el comercio lucía un perfecto estado, con una iluminación tenue y un suave olor a lirios.

Antes de sentarse a leer los nuevos catálogos, que era lo que hacía siempre que no tenía ninguna labor pendiente, Madeleine se paró un momento y se acordó del desaguisado del agua del pozo en su cara. Entró en el baño y se acicaló con la rapidez y precisión de una auténtica experta. La ropa, el pelo, un poco de corrector para disimular las inmensas ojeras, un repaso del color de labios... y lo más importante, tres o cuatro ensayos hasta encontrar la sonrisa apropiada, ésa que daba confianza a los clientes para sumergirse en un acto tan íntimo y

personal como era elegir su ropa interior guiados por una desconocida.

Posiblemente, aquella mañana, los compradores se resistiesen todavía más que de costumbre. Una niebla espesa y grisácea, del color que iba adquiriendo la lencería muy usada, cubría la ciudad entera, se metía en el alma y la turbaba. Sin embargo, como surgido de la niebla, un hombre corpulento y decidido entró en la tienda. Madeleine lo estudió con disimulo mientras atravesaba el círculo central del establecimiento. Lo hacía con todos sus clientes: su andar, la posición de sus manos, si le sostenían o no la mirada. Ella esperaba con la sonrisa recién compuesta al otro lado del mostrador. *“Unos calzoncillos... que no sean vulgares”*, dijo entre dientes. Madeleine no pudo evitar una mueca de fastidio al escucharle. Precisamente, estaba ante el tipo de cliente que más detestaba. Y a aquellas horas... qué extravagante.

No le fue difícil disimular su sorpresa. Como buena conocedora de su oficio, se ofreció

complaciente a mostrarle diversos ejemplares, de lycra, de algodón, de seda... empezó por los estampados más barrocos y terminó por el dulce vainilla. Obsequiosa, iba extrayendo de los anaqueles innumerables cajas y bolsitas que abría sobre el mostrador con sumo cuidado, como quien enseña pequeños tesoros, metiendo la mano dentro de las cuidadas telas, recitando sus cualidades, acariciando los muestrarios. Sin embargo, ninguno parecía convencer a aquel exigente comprador, que ni siquiera se dejó impresionar por los estuches individuales de color fucsia y atados con lazos plateados en los que *Billabong* presentaba sus artículos. Aquel hombre seguía manifestándole abiertamente su insatisfacción con ligeros movimientos de los hombros y vagos gestos de disgusto que se le dibujaban en la boca. La expresión de Madeleine comenzó a volverse vidriosa, tensa. Sus recursos de vendedora avezada le aconsejaron hacer un alto para descansar. Así que le ofreció al esquivo comprador una copa y una pausa con el fin de que pudiera valorar

mejor las prendas que le iba mostrando.

Mientras le servía un vino punzante y seco, de color ambarino, un desasosiego inexplicable comenzó a invadirla. Le acercó la copa en el último momento, cuando estaba ya a punto de descomponérsele la sonrisa que con tanto cuidado se había enfundado sólo unos minutos antes para cubrir un rostro tenso y agotado.

—Le ruego que me acompañe, no me gusta beber solo —le oyó decir, estupefacta. En todos sus muchos años al frente del negocio, nunca nadie había tenido la osadía de proponerle tal cosa. El rostro de Madeleine se rompió definitivamente en mil pedazos debajo de la falsa sonrisa que apenas ya aguantaba la furia que se expandía debajo de ella.

—Es usted muy amable, pero nunca bebo con los clientes. Norma de la casa. Si me disculpa... — y reanudó su labor minuciosa de cicerone por el tormentoso mundo de los calzoncillos originales, sin costuras, tipo banda, de línea clásica, sensuales... Madeleine se enfrascó en un aparatoso despliegue de modelos y marcas.

“Esta prenda, de copa prehomada, realza la masculinidad”, se oyó decir como si quien hablase fuese otra que no era ella. Su voz le sonaba diferente, insólita, más dulce y melosa, “este modelo de cortes curvilíneos seduce, lo mismo que este otro de orificios y tacto delicado”. El hombre carraspeó, algo ruborizado. Pero ella estaba lanzada, decidida a no dejarlo escapar. “La transparencia trasera de esta prenda y el talle bajo delatan...”, se cortó en seco, buscando la dirección de la mirada del cliente que, en un raptó de clarividencia, levantó la cabeza y señaló unas cajas situadas en el estante más alto:

–Enséñeme, por favor, los de esos embalajes.

Madeleine se giró sobre sí misma y clavó los ojos en la dirección que el hombre le indicaba. Se quedó perpleja, no podía dar crédito a aquella petición. Allí arriba, aislados del resto de sus congéneres, dormitaban unos pequeños cofres en los que podían leerse unas letras trazadas en un dorado lustroso. *Morgan Slips* aparecía escrito primorosamente en las cajas



que él le había pedido.

Madeleine sintió cómo le temblaban las rodillas y las manos, y cómo las sienes le latían con la fuerza de cien tambores retumbantes. Necesitó unos segundos para recomponerse, para pensar, para tomar una decisión. Fue uno de esos instantes en los que la vida se pliega, se concentra, se vuelve puntiaguda, cortante, afilada. Se vio a sí misma atravesando un abismo, suspendida, expectante. Por fin, pasado ese momento de conmoción, fue capaz de coger la escalera de mano y acercarla a la estantería. Bajó las cajas con precaución, como sonámbula, y se las fue abriendo muy despacio, a la par que le servía otra copa de vino dorado, a juego con las letras de los envoltorios. *“Aquí tiene, éste es el modelo tigre salvaje”*, le insinuó con un deje de sorna que seguramente el hombre ni siquiera percibió, pero que a ella le producía un excitante cosquilleo en el estómago. Después le presentó el de costuras ribeteadas en rojo, el de elástico interno, incluso, regodeándose como pocas veces en su vida, llegó a enseñarle uno de

horquillas culeras.

A esas alturas, el hombre ya parecía algo mareado. Pero aun así, sometido a aquella brutal presión, fue capaz de elegir precisamente el último de los modelos que Madeleine le puso sobre la mesa, cerca de la copa de vino de la que ya había apurado hasta el último sorbo. Era un ejemplar de lino natural y color berenjena, de talla mediana que aparecía debajo de un papel celofán de la misma tonalidad. “Éstos”, le espetó tajante, y al levantar las manos para tocarlos, Madeleine se fijó en que estaban cubiertas de un sudor viscoso, como grasiento. El hombre se humedeció con suavidad los labios; tenía una lengua carnosa y roja, y a ella le pareció que susurraba algo incomprensible, algo como un jadeo, como una insinuación que no se deja ver, pero que encontró un eco en la suya.

De pronto, en un fogonazo, Madeleine comprendió lo que había estado sucediendo delante de ella sin que se diera cuenta. Entendió la visita del hombre a horas tan poco habituales, su pesadez al elegir el modelo de calzoncillos, su

boca roja y carnosa, sus manos húmedas y calientes, su voz jadeante. Todo empezó a encajar igual que en un rompecabezas que tuviera vida propia y en el que las piezas se fueran colocando unas al lado de otras sin la intervención de su voluntad. Entonces, muy atenta, casi ceremoniosa, le sugirió que se pusiera aquellos flamantes *Morgan*, ya que, aunque seguramente se le ajustarían muy bien, la elección le parecía un poco arriesgada. El hombre no lo dudó y se dirigió al probador, mientras le preguntaba por el magnífico vino con el que había acompañado su elección. “*Es un amontillado*”, le aclaró ella y una enigmática sonrisa se le iba dibujando en el rostro que, en aquel momento, desprendía la beatitud de quien, tras muchas vueltas, sabe por fin lo que debe hacer.

En cuanto el hombre empezó a desvestirse, Madeleine, sin hacer apenas ruido, atrancó la puerta de la tienda y pasó el cerrojo. Fue hasta su bolso y cogió el cuchillo que llevaba siempre con ella desde que había empezado a tener

aquel sueño que no la dejaba vivir. Los maullidos de Pluto la desconcentraron levemente. No titubeó al propinarle al gato una tremenda patada en el vientre que le obligó a huir malherido y asustado. Con la misma frialdad y determinación, a través de la cortina del probador, calculó a contra luz la silueta de su cliente, y le fue asestando hasta diez puñaladas, una tras otra, como quien ejecuta un paso de danza perfectamente estudiado. Es sencillo matar a un hombre desnudo, mil veces más fácil que matarle vestido, quién sabe por qué. Lo cierto es que éste apenas ofreció resistencia... un grito ahogado, un aspaviento, algún fatigoso lamento. La primera de aquellas cuchilladas se la despachó directamente al corazón; las demás, se decía, eran sólo para asegurar.

Con el cuchillo ensangrentado entre las manos, Madeleine se sentó en el suelo, apoyó la espalda contra la pared y se dejó estar. Una paz dulce y suave la fue invadiendo. Se sentía liberada y tranquila. Si no tuviera que limpiar

todo aquello, hasta hubiera podido quedarse allí plácidamente dormida. En medio de ese dulce momento de reposo, respiró profundamente y retiró la cortina. Allí estaba él, con sus calzoncillos *Morgan* de lino, color berenjena, perfectamente ajustados, talle bajo, copa de realce, orificios y tacto delicado, transparencias laterales... los calzoncillos de su pesadilla, allí, cubiertos de sangre. Los miraba con una sonrisa de triunfo, examinando cada detalle, guardando todos los pormenores en la memoria, no quería perderse nada. Así que aquél era el hombre de sus sueños, el que iba a hacerle el amor y luego matarla. Qué ciega había estado. Esa extraña obsesión por los calzoncillos *Morgan*, su piel sudorosa, la lengua mojada, sus murmullos, el acudir a la tienda a aquellas horas inapropiadas. Todo encajaba perfectamente.

Por fin se libraría de la pesadilla que la atormentaba, del guante de crin y del agua hirviendo. No había otra manera. Estaba muy orgullosa de su actuación. Nadie podría decir que no le había dado oportunidades para elegir

otros calzoncillos. Le había enseñado todos los modelos y marcas, *Bolero, Doci Chicche, Grigioperla, Inmoderato, La Redoutte*. Había insistido con el color turquesa, el azul noche, y hasta le había puesto encima del mostrador los exclusivos *Eros Veneziani* de color rojo carruaje, pero nada... si hasta parecía saber dónde guardaba los *Morgan*, allá arriba, apartados de todas las demás prendas, en el sitio de más difícil acceso de toda la estantería. Y después, aquellas manos untuosas brillando bajo los focos, las miradas lánguidas, las copas de amontillado, sus rubores continuos, la lengua moviéndose sinuosa. “*Ésta fue la señal definitiva*”, no pudo evitar decir en voz demasiado alta, acorde con el gran esfuerzo que tenía que hacer para arrojar el cadáver al fondo del pozo que se encontraba en el patio trasero. “*Lo siento por el agua fresca que ya no podré beber, una pena*”, dijo, tirando el cubo, la cigüeña y la cuerda. Luego colocó con cuidado la tapadera sobre la boca del pozo, “*así guardarás silencio*”, y no pudo evitar reírse de

su ocurrencia.

Ya dentro de la tienda, se aplicó concienzudamente a limpiar el probador, retirar la cortina ensangrentada y borrar cualquier vestigio de su hazaña. Entonces se le ocurrió que a lo mejor aquél no era el auténtico hombre de sus sueños. No lo sabría hasta esa noche. Si era él, si había acertado al identificarle, lo averiguaría aquella misma madrugada, porque no volvería a padecer la pesadilla que le cortaba el aliento y le hacía insoportable la vida. *“Aunque no importa demasiado que me haya equivocado, sea quien sea acabará por venir a comprar aquí los dichosos calzoncillos Morgan color berenjena y con copa de realce, ésta es la única tienda de la ciudad que los vende”*. Y eso le devolvió la esperanza.

## **Sobre la autora de «Berenice Fashion»:**

**María R. Gómez Iglesias**, Licenciada en Filosofía y Ciencias de la Educación y Doctora en Filosofía, desempeña su labor profesional como especialista en alumnos de altas capacidades de la Consellería de Educación de la Xunta de Galicia. Ha publicado varios relatos en volúmenes colectivos y recibido diversos premios literarios: ganadora del III premio del concurso internacional LaRevelación y del I concurso de relatos históricos de Hislibris.